

Los valores y su significación en el desarrollo de la persona

Fernando González Rey

Profesor. Universidad de La Habana.

El tema de los valores aparece en la literatura a través de una extraordinaria variedad de definiciones, en las que se revela la fragmentación de las ciencias sociales, así como las diferentes posiciones teóricas y epistemológicas que convergen en el abordaje de los distintos problemas a que estas ciencias se enfrentan.

En el plano empírico los valores han sido objeto de atención especialmente de la psicología y la sociología. En ambas ha resultado dominante una orientación metodológica positivista, dentro de la cual proliferan instrumentos muy diversos, con predominio de los cuantitativos, en la aspiración de traducir los valores en magnitudes que sirvan de apoyo para la medición de las diferencias individuales.

En el caso concreto de la investigación sociológica dentro del paradigma positivista, la medición de valores se realiza con los mismos instrumentos de la psicología; pero se diferencia de esta por el tipo de variables sociales con las que se relacionan los valores medidos, o sea, las investigaciones se orientan más a la caracterización de determinados sectores sociales que a la de unidades definidas por la correlación de elementos psicológicos

diversos, lo que sí es objeto de la investigación psicológica.

Sin embargo, la diversidad de definiciones y de investigaciones empírico-concretas en esta esfera no ha conducido, hasta el presente, a una teoría sólida de los valores susceptible de ser utilizada de forma general en la investigación social.

El tema de los valores, como tantos otros de la investigación social, se ha dividido en una línea teórica, representada sobre todo por la filosofía y la ética, y una dirección empírica representada por las restantes ciencias sociales, especialmente por la psicología, la sociología y la antropología.

Considero que el estudio de los valores es incuestionablemente interdisciplinario, pero este carácter no viene dado por la orientación predominante (empírica o teórica) de unas u otras ciencias, sino por el sentido diferente de su construcción teórica de acuerdo con el universo particular que estas representan, por las diferentes zonas de la realidad sobre las cuales construyen sus explicaciones, así como por la propia historia teórica

de cada ciencia concreta, a través de la cual han producido sus cuerpos conceptuales.

El tema que considero debe desarrollar la psicología, dentro de este complejo problema de las ciencias sociales contemporáneas, se relaciona con la organización y función de los valores, tanto dentro de la subjetividad individual, como de la social. En esta dirección resulta de particular importancia el proceso de configuración del sentido subjetivo de los contenidos definidos como valores.

Los valores y su configuración

Los valores no existen como abstracciones fuera del individuo, quien en su condición de sujeto es, simultáneamente, portador de su configuración subjetiva en la personalidad y conductor intencional de su expresión. La configuración subjetiva de los valores se caracteriza por la integración de lo cognitivo y lo afectivo, unidad que se expresa en la articulación de los elementos dinámicos que se estructuran en su conformación, mientras que su expresión intencional se produce a través de las representaciones conscientes que el sujeto construye sobre ellos.

Para el sujeto, los valores son contenidos portadores de un sentido subjetivo, de lo que se deriva su componente emocional, que los define como motivos de la expresión individual.

Como todo motivo, los valores descansan en una configuración de elementos dinámicos diversos, constituidos a través del compromiso emocional y la expresión de necesidades diferentes, estructuradas en la historia individual del sujeto. Una vez dentro de esta definición, resulta esencial preguntarse: ¿qué tipo de motivo son los valores? En mi opinión, son los configurados en el proceso de socialización de la persona, y definen el sentido que los distintos sistemas de relación —dentro de los que este proceso transcurre— tienen para el individuo concreto.

El proceso de socialización se produce a través de la comunicación de la persona en las diferentes esferas de la vida; comunicación con los otros en las diversas formas de expresión social del hombre, desde la formación de la pareja hasta la filiación a una posición política concreta. Los valores se configuran alrededor de las necesidades que se van desarrollando en esas diversas relaciones.

Los valores tienen una determinación social en tanto productos del proceso de socialización, por lo que toda sociedad expresa un conjunto de valores declarados, los que responden a su organización político-social y a las formas ideológicas en que esta se representa. Sin embargo, en los distintos grupos, clases y sectores

constituyentes de la trama social, se producen otros valores que, de forma contradictoria o complementaria a los dominantes, configuran la organización valorativa de la sociedad, elemento esencial de la psicología social.

En la literatura marxista, particularmente en la filosofía, tanto en los antiguos países socialistas de Europa oriental como en nuestro país, con frecuencia se presentaba una comprensión mecanicista de los valores, entendidos como inherentes a clases, grupos y procesos sociales, con lo cual perdían su carácter vivo y contradictorio, para convertirse en atributos estáticos, definitorios de elementos concretos de la realidad social. Definidos *a priori* axiológicamente, perdían su potencial contradictorio en el escenario de las fuerzas vivas del movimiento social.

Esa representación estática y rígida, dominante en los países del socialismo real, impidió utilizar las contradicciones que se presentaron en los valores de diferentes sectores de la sociedad como elementos explicativos de lo que estaba ocurriendo. Encubiertas por un discurso falso, pero dominante, se impidió su explicación, con lo cual se bloqueó el primer paso necesario para cualquier intervención transformadora desde la praxis social: la identificación del problema.

La lógica del desarrollo de los valores sociales es inseparable de la de los valores individuales, pues todo valor social declarado que no aparezca configurado a nivel individual deja de serlo de la praxis, y se convierte en formal y vacío, presente solo en el discurso oficial, pero sin ningún sentido para el comportamiento humano.

Los valores constituyen el tipo de motivación que define la forma en que nos implicamos en los distintos sistemas de relación de los que somos parte. Esto no significa que exista una relación lineal entre la forma social que asumen los valores vinculados con la esfera de nuestro compromiso y los individuales, implicados en ese espacio o zona de la realidad.

Toda sociedad, institución, comunidad o grupo humano expresa, en general, un conjunto de valores declarados, que de ninguna forma agota el potencial moral de su momento. Aquellos responden, en un grado elevado, a la forma en que los líderes y/o grupos de poder dentro de cualesquiera de las unidades sociales mencionadas comprenden e interpretan los valores que sienten como definitorios del proceso que dirigen, lo cual con frecuencia ha conducido, en nuestro propio país, a un arbitraje del carácter adecuado o no de ciertos eventos o formas de expresión, concretamente desde la dirección política.

A diferencia de otras formas de información aprendidas, los valores no se fijan por un proceso de comprensión; por lo tanto, no son una expresión directa de un discurso que resulta asimilado, sino el resultado

La lógica del desarrollo de los valores sociales es inseparable de la de los valores individuales, pues todo valor social declarado que no aparezca configurado a nivel individual deja de serlo de la praxis, y se convierte en formal y vacío.

de una experiencia individual, a partir de las situaciones y contradicciones que la persona presenta en el proceso de socialización, del que se derivan necesidades que se convierten en valores a través de las formas individuales en que son asumidas y desarrolladas dentro del propio proceso.

El sujeto y la realidad social

En la formación de los valores confluyen las emociones y reflexiones que el sujeto experimenta en sus relaciones con los otros. Es en este proceso donde él va construyendo y desarrollando sus valores personales, los cuales, si bien tendrán siempre una base en los sociales, nunca serán idénticos, ni tampoco representarán una respuesta directa a ellos en el plano de la conducta.

Los valores representan verdaderas construcciones del sujeto a nivel individual, y su constitución pasa por diversas etapas. Los elementos dinámicos configuradores de un valor concreto son resultantes de complejas interacciones del sujeto con su medio, las que no siempre están bajo su capacidad consciente de construcción.

Un momento del valor, anterior al de su elaboración consciente, es el de su constitución subjetiva como elemento de la personalidad, en cuya condición regula más el comportamiento desde lo emocional, que desde la construcción consciente. A partir de las distintas emociones y reflexiones que aparecen en la expresión emocional de los valores, el sujeto comienza a seguir, de forma intencional, el proceso; empieza así su intento de construirlo y seguirlo conscientemente.

Tanto la configuración del valor en la personalidad como la elaboración de su representación consciente, son procesos que se desarrollan en la comunicación establecida por el sujeto en sus distintos sistemas de relaciones.

La comunicación deviene un elemento central para el desarrollo de los valores, comprendiéndola no en su aspecto informativo, como orientación o transmisión, sino como diálogo, como proceso contradictorio dentro del que cada uno de los participantes se encuentra con los demás a través de

su verdad, de su comprensión personal del tema compartido, mediante la cual influye sobre los otros y resulta influido por ellos.

Solo a través de la expresión personal auténtica pueden formarse valores en las distintas esferas en que el individuo expresa su condición social. La formación de los valores es un complicado proceso íntimo, personal, que no puede ser impuesto por fuerzas externas que exijan respuestas inmediatas a nivel conductual.

Los valores se integran profundamente en toda la individualidad del sujeto, y no son ajenos a ninguna de las esferas de sus compromisos personales. A mayor riqueza y complejidad de la personalidad, mayor riqueza de su esfera valorativa.

En esta, como en las restantes esferas del desarrollo de la personalidad, lo intrapsíquico y lo interactivo constituyen una compleja relación dialéctica, en la cual, sin que uno se diluya en el otro, ambos se interpenetran a lo largo del desarrollo individual. El sujeto, por tanto, no es escenario pasivo de este proceso, sino parte activa en su desenvolvimiento.

El sujeto enfrenta su cotidianidad mediante un conjunto de valores históricamente configurados, decisivos en el sentido actual que la realidad adquiere para él; pero simultáneamente la realidad es un elemento activo de este proceso. Aun actuando dentro de los marcos de la lógica desarrollada por el sujeto para su aprehensión en forma de conocimiento, la realidad expresa su carácter activo en sus presiones sobre los esquemas conceptuales a los que se le pretende integrar.

Además de esas presiones que, en cada momento puntual de construcción del conocimiento, obligan de forma permanente al sujeto a la reflexión y la restructuración de sus esquemas de conocimiento y valoraciones, la realidad adquiere, en el tiempo, un elevado potencial de modificación de aquellos valores, creencias y conocimientos, sobre cuya base ella fue parcialmente construida.

La realidad social no es algo corpóreo, definido *a priori* en relación con los hombres que la constituyen; no es una sustancia objetiva regulada por leyes que, desde fuera, actúan sobre nuestro comportamiento, sino algo que nos trasciende en su conjunto, pero de lo que somos parte constitutiva. Ella está constituida, entre un conjunto de factores muy diversos, por la subjetividad

social, conjunto de formas subjetivas configuradas en las redes interactivas y atmósferas sociales generadas en los distintos niveles de la trama social. Por tanto, resulta condicionante y condicionada en cada momento de su devenir, por lo que no se puede abstraer de las ideas y la acción de los hombres que la constituyen en cada uno de esos momentos concretos.

El hombre, a través de las distintas formas sociales de su comportamiento intencional, deviene importante elemento en el desarrollo de la realidad social, creando nuevos espacios dentro de ella. Sin embargo, el alcance y las consecuencias de estos espacios trascienden siempre la dimensión en que fueron concebidos, así como la acción de sus gestores actuales, por lo que dan paso a nuevas contradicciones que, de forma general, encontrarán sus vías de desarrollo por la acción de nuevos protagonistas.

La relación entre la acción del hombre y el comportamiento de la realidad social es sumamente compleja y dialéctica; sin embargo, se han producido interpretaciones mecanicistas que han llevado a depositar esta complejidad en uno de los polos de la relación. En mi opinión, el hombre y sus distintas formas de constitución e interrelación, son parte inseparable de la realidad social. Crean con su acción esta realidad, pero simultáneamente esta realidad trasciende la acción humana, y tiene un importante papel en su determinación.

Los valores representan una categoría esencial en la comprensión de la contradicción entre intención y realidad, que se va articulando simultáneamente en cada nuevo momento del devenir histórico. Los valores sociales declarados son el resultado de las generaciones que, desde los distintos niveles de dirección del desarrollo social, expresan en ellos la intención sobre la que se apoya su gestión; mientras que en los valores sociales reales y en los individuales, aparecen formas de la realidad no necesariamente previstas ni deseadas por quienes dirigen su diseño.

Las contradicciones de valores son, por tanto, una importante fuerza del desarrollo social, reflejan la relación necesariamente contradictoria entre las formas de subjetividad social a través de las cuales se despliega el diseño intencional de la realidad, y aquellas formas de subjetividad social configuradas por el comportamiento de la realidad misma en espacios no controlados desde el diseño.

Los valores son, entonces, una expresión de la realidad viva y actuante de cada uno de los sectores constitutivos de la trama social, así como de los individuos que la integran. No deben, por tanto, resultar sacralizados como resultado de una forma dominante de ver la realidad, por justa que esta sea, pues en su

propia generalización estaría contenida una injusticia esencial: el desconocimiento de su naturaleza y de su función social.

Los valores individuales tienen extraordinaria significación para la investigación social. Separar lo individual de lo social, constituye un error no solo teórico, sino también metodológico. Con frecuencia valores que no han logrado una forma orgánica de expresión a nivel social, se presentan estructurados a nivel individual y se convierten en un elemento esencial para el análisis social que se realice.

Los valores sociales no son un conjunto homogéneo e indiferenciado, sino un nuevo nivel cualitativo de organización de valores individuales, altamente diferenciados y personalizados. Cuando se trata de imponer valores sociales por encima del proceso contradictorio de su individualización, puede producirse una formalización de aquellos, que conduzca a la separación entre su expresión conductual y su configuración subjetiva.

Los valores formales, no personalizados, resultan fuente de comportamiento solo en situaciones y atmósferas donde su potencial normativo es dominante, y no movilizan el comportamiento individual fuera de este tipo de coyuntura de la subjetividad social. Se expresan, por tanto, solo ante condiciones externas de presión social, nunca por la autodeterminación.

Los valores conforman un sistema *dentro* de la personalidad, donde sus configuraciones individuales se integran en otras cada vez más complejas, que aumentan el potencial regulador de cada valor concreto. Valores como la honestidad, el criterio propio, la sencillez, la solidaridad hacia los otros, son universales que se integran a cualquier configuración de valores más complejos, resultantes de la toma de posición intencional del sujeto en los distintos sistemas de relaciones en que se implica.

Valores y circunstancias: la Revolución cubana

En Cuba, la Revolución como proceso social ha sido fuente indiscutible de formación de nuevos valores que han distinguido el comportamiento de diferentes generaciones de cubanos a lo largo del período revolucionario; sin embargo, como todo proceso vivo, también ha desarrollado valores negativos, los que han estado asociados tanto a características del diseño social como a la psicología de defensa que el país ha tenido que adoptar ante las crecientes presiones externas.

En todo proceso social la solución de un conjunto de contradicciones va dando paso a otras nuevas, lo

que caracteriza su desarrollo. Las nuevas contradicciones resultan el verdadero reto al desarrollo futuro. La Revolución propició la superación de contradicciones y problemas sociales que continúan siendo un verdadero flagelo para los restantes países de América Latina y para el Tercer mundo en general; sin embargo, en este mismo proceso se engendraron nuevas contradicciones que, sin duda, han afectado la realidad cubana.

La concentración del potencial social mayoritario, que apoyó el proceso revolucionario cubano en los duros momentos de su consolidación durante los primeros años de la Revolución —cuando se luchaba de forma simultánea con fuertes presiones externas e internas—, unida a la urgencia con que tenían que ser tomadas las decisiones políticas, condujo a una centralización y verticalización en el proceso de toma de decisiones. Ello se mantuvo como tendencia, más allá de los límites de aquella situación crítica, y resultó reforzado por el tipo de modelo de socialismo que en aquellos momentos se asumió.

Todo el andamiaje social desarrollado con un fuerte apoyo y espontaneidad popular, que garantizó la sobrevivencia y el desarrollo de la Revolución en aquellos momentos difíciles, fue institucionalizado y generalizado a momentos posteriores del proceso.

La década de los años 60 fue un período de consolidación del triunfo de la Revolución, en el que se crearon las bases para las profundas transformaciones ulteriores, tanto en los aspectos infraestructurales del país como en la subjetividad social, en la cual se produjo, en mi opinión, la mayor y más decisiva transformación lograda en esos años.

Entre las importantes transformaciones que se operaron en el nivel de la subjetividad social, caracterizadas por su profunda espontaneidad y autodeterminación, con su consiguiente implicación para la formación de nuevos valores, estuvieron las siguientes: ruptura con posiciones clasistas anteriores, ruptura familiar por posiciones diferentes asumidas por unos y otros de sus miembros ante el proceso revolucionario y ruptura con la Iglesia en importantes sectores de la población.

La ocurrencia de los procesos mencionados tuvo un profundo impacto en el desarrollo de valores en la población, que resultaron decisivos para los ulteriores momentos del proceso revolucionario cubano. Así, se manifestaron con mucha fuerza valores como la solidaridad, el patriotismo, la igualdad, y apareció como valor muy espontáneo la propia Revolución, es decir, ser revolucionario.

Lamentablemente, la ausencia de trabajos históricos de carácter interdisciplinario sobre tan complejo problema me lleva a algunas consideraciones históricas necesarias, por las que transito con el temor de quien

no es especialista en el tema, pero con la convicción de la necesidad del análisis histórico de esta forma particular, y quizás decisiva, de la subjetividad social.

Los logros de la década de los 60 se alcanzan con un elevado nivel de participación y consenso en torno a los caminos asumidos. Se logró una elevada implicación popular en los macroobjetivos orientados por la dirección de la Revolución en los planos político y social. Esta década, además de por el fervor político y los cambios señalados en el desarrollo de la subjetividad social, se caracterizó por el extraordinario mejoramiento de las condiciones de vida de importantes sectores de la población, lo cual fue sumamente importante en la consolidación del carácter popular de la Revolución.

La década de los años 70, marcada por la ofensiva revolucionaria de finales de los 60, el fracaso de la zafra de los diez millones y la consolidación de la influencia del modelo soviético en el país, produce nuevas contradicciones, muchas de las cuales se vinculan al carácter administrativo y burocrático que comienza a desarrollarse en el funcionamiento de las organizaciones políticas y de masas, lo que trae aparejado un mayor desarrollo del formalismo y una pérdida en la frescura de la participación popular que había sido lograda en los 60.

Unida a lo arriba señalado, se desarrolla una interpretación dogmática del marxismo que afecta de forma sensible el desarrollo de las ciencias sociales y del debate fecundo dentro del país. Esta interpretación del marxismo condujo a una innecesaria ideologización de formas coyunturales de la política, la economía y el pensamiento, que limitaron el proceso de concientización y acción sobre las nuevas tendencias y contradicciones que empezaban a presentarse en este momento del desarrollo de la sociedad cubana.

En la década de referencia se acentúa una serie de características en el funcionamiento de muchas de las organizaciones e instituciones de la sociedad cubana que, en mi opinión, contribuyeron al surgimiento de tendencias negativas en el desarrollo político-moral de nuestra sociedad, entre las que se destacan la poca tolerancia hacia las diferencias entre los propios revolucionarios, las «trabajadas» expectativas de unanimidad en los distintos foros creados para el debate colectivo, el temor al error y otras que, en el funcionamiento social, contribuyeron a la pasividad, el conformismo y la doble moral, todas ellas presentes ya en la década de los 70.

Las características que se expresaron a nivel social encontraron también su reflejo en el campo educativo, terreno donde intervinieron otros complejos fenómenos que deseo analizar en su integridad. La extraordinaria revolución educativa comenzada en la

La formación de los valores es un complicado proceso íntimo, personal, que no puede ser impuesto por fuerzas externas que exijan respuestas inmediatas a nivel conductual.

década anterior, implicó no solo la enseñanza gratuita para todos los niños del país, sino algo mucho más profundo: la atención integral a la infancia, factor esencial para el aprovechamiento real de las oportunidades creadas en la educación. Sin embargo, esto implicó la formación emergente de gran cantidad de maestros para poder enfrentar las múltiples demandas de este proceso sin precedentes.

La creciente influencia de la tradición pedagógica soviética, unida a la emergencia en la formación de maestros, condujo a una escuela centrada en la función de enseñanza, concebida más desde las formas concretas de actividad con los objetos y contenidos del aprendizaje, que desde formas de comunicación y participación que permitieran el crecimiento de la personalidad y la creatividad de los escolares como momentos inseparables de su desarrollo.

La escuela estimuló una enseñanza pasivo-reproductiva —tendencia aún predominante en el mundo—, a pesar de que, dada la naturaleza del proceso revolucionario cubano, han existido siempre condiciones estimulantes para superarla. Esta se ha visto reforzada tanto por las concepciones erróneas arriba señaladas, como por el rígido carácter normativo, definido centralmente, lo que ha dificultado históricamente el carácter diferenciado de la escuela como institución, de acuerdo con las características de la población a la cual brinda sus servicios.

En este modo de enseñanza, se fomentó una tendencia a las consignas abstractas, a los cumplimientos mecánicos y a las prohibiciones que, lejos de estimular y cultivar el interés de los jóvenes, creó un vínculo formal hacia la escuela, con el consiguiente empobrecimiento de los contenidos y valores que se aspira a formar en ella.

Tal enseñanza abstracta y despersonalizada sobre la que se ha tomado conciencia y se lucha por un perfeccionamiento que comienza a sentirse de forma positiva en distintas escuelas y comunidades del país, ha sido uno de los factores que han contribuido al deterioro de valores y formas de comportamiento social en ciertos sectores poblacionales, así como a la profundización de contradicciones generacionales, que habían resultado soslayadas, tanto en el discurso político como en los trabajos de las ciencias sociales.

El cuadro de los 70 caracterizó los 80, cuando continuaron agudizándose muchas de las

contradicciones señaladas, dada la acumulación de problemas sociales, como los de la vivienda, el empeoramiento de la atmósfera social, la escasez de productos de primera necesidad, etc., los cuales se hacen particularmente críticos en el Período especial.

En todos estos años de Revolución, el país se ha caracterizado por grandes estrategias de las que han resultado muchos de los logros que hoy exhibe, así como algunos reveses. Sin embargo, el desarrollo de tácticas particulares para el enfrentamiento simultáneo de la multiplicidad de problemas concretos que caracterizan la cotidianidad, se ha visto afectado, entre otras cosas, por la permanente subordinación de lo parcial y lo micro a lo general y macro. Esta situación conduce a momentos de divorcio entre el discurso oficial y las necesidades de sectores importantes de la población, que no siempre aparecen reflejadas en este discurso y, en ocasiones, resultan incluso desconocidas en su verdadera magnitud.

El proceso de formación y desarrollo de valores durante el período revolucionario ha sido tan fuerte y profundo que, incluso en las difíciles condiciones del Período especial, la población conserva una extraordinaria capacidad de dar sentido a su cotidianidad, manteniendo su incorporación activa y comprometida a importantes aspectos de la producción y los servicios que, desde el punto de vista material, han resultado fuertemente golpeados por el momento que vive el país.

Lo anteriormente expresado no puede conducir a la interpretación estática de este indicador, que lo presente como parte de una capacidad de resistencia abstracta, conservada en el tiempo independientemente de las dificultades que se vayan presentando. Si bien es un hecho que la población mantiene vivos determinados valores, y que en buena medida ello ha dependido de la capacidad de salir adelante, demostrada en estos años, también es cierto que en la actual coyuntura se observa un deterioro creciente de otros.

Los valores no se afectan solo por las dificultades materiales que la población enfrente, sino por el sentido subjetivo que estas limitaciones tengan para ella. Así, en la década de los 60, a pesar de la gran escasez de productos y del descenso brusco del nivel de vida en importantes sectores de la población que se integraron al proyecto revolucionario, se produjo un extraordinario proceso de desarrollo de los valores.

En el momento actual se produce, sin embargo, un conjunto de contradicciones que han conducido a la aparición de importantes diferencias en el nivel de vida de la población, que han sido fuente de malestar y descontento, pues precisamente han chocado con uno de los valores más fuertes de los interiorizados en estos años de Revolución: la justicia social. No se debe confundir el rechazo a las diferencias socioeconómicas con el igualitarismo, que representa una deformación del valor señalado, estimulado por el paternalismo.

El rechazo de la población no es hacia las diferencias en abstracto, sino hacia el tipo de diferencias que hoy se están produciendo, que nada tienen que ver con el nivel de trabajo. Ello conduce a otra de las contradicciones de la trama actual que más afecta a importantes sectores de la población: la incapacidad de resolver sus necesidades mediante el empleo.

El impacto del momento que vivimos sobre los valores no es, en mi opinión, una necesaria consecuencia de las medidas económicas adoptadas. Entre lo económico y la subjetividad social no se produce una relación directa y lineal; entre ambos median complejos procesos, sobre los que descansan los determinantes esenciales de la formación de valores, entre los cuales se pueden señalar los procesos educativos, el desarrollo de climas institucionales y comunitarios adecuados, el desarrollo de las organizaciones políticas y de masas, etc. En la base de todos estos elementos está el

desarrollo de una efectiva comunicación en todos los niveles de integración de la trama social.

Los cambios económicos que hoy enfrentamos responden a una incuestionable necesidad de desarrollo del país, por lo tanto debemos asumirlos. De lo que se trata es de concentrarnos en un rediseño del trabajo social que nos permita, de una manera racional y eficiente, intervenir en los desbalances, proteger a los grupos sociales más afectados, trabajar de forma directa con el hombre en todos los sectores de nuestra sociedad, y darle una participación cada vez mayor a la población en los distintos problemas que la afectan.

El rediseño económico no se nos puede ir por delante, llevando a la zaga el rediseño social. Puede que este no sea identificado como una urgencia para la subsistencia, pero su abandono puede engendrar consecuencias sociales irreversibles. Tal rediseño social resultará estratégicamente decisivo para la conservación de los valores humanos y el desarrollo de formas superiores de subjetividad social, que realmente nos permitan hablar de desarrollo social en el futuro.

© TEMAS, 1998.